ANTONIO MACHADO Y *CAMPOS DE CASTILLA:* EL RECUERDO DE LEONOR DESDE BAEZA

En el presente artículo pretendemos rastrear los poemas del escritor sevillano en los que aparecen explícita o, en muchas ocasiones, veladamente, como si se tratase de un enigma que tenemos que descifrar, todas las alusiones a su esposa muerta. Salvo muy pocas excepciones, estos poemas se escribieron durante su estancia en Baeza, de ahí el título.

De todos, es conocido que las circunstancias personales de la vida de un escritor influyen poderosamente en su obra. Tal aserto puede ser sustentado sin duda alguna en la producción literaria de Antonio Machado (Sevilla 1875-Collioure 1939). Sabemos que el acontecimiento más luctuoso en la biografía del autor que nos ocupa fue la muerte de su joven esposa Leonor. Recordemos la historia: A principios de mayo de 1907, Machado llega a Soria como catedrático de francés del Instituto General y Técnico después de ganar la plaza por oposición el año anterior. Soria era una pequeña ciudad –tenía alrededor de siete mil habitantes– abrazada por el río Duero y rodeada de árboles: álamos, olmos, cipreses, encinas omnipresentes en muchos de los poemas de *Campos de Castilla*; dicha ciudad dejará una huella indeleble en el alma del poeta; como ejemplo recordemos los siguientes versos:

> *Tierra de alma toda, hacia la tierra mía,*
> *por los floridos valles, mi corazón te lleva.*
>
> CXVI *Recuerdos*

El 30 de julio de 1909 –dos años después de su llegada–, contrajo matrimonio con una joven de apenas quince años: Leonor Izquierdo Cuevas, hija

de los dueños de la pensión de la plaza de los Teatinos donde se hospedaba el escritor desde diciembre de 1907, momento en que conocerá a su futura esposa. Entre los contrayentes existía una diferencia de edad considerable, lo que dio lugar a toda clase de estúpidos comentarios e, incluso, de pesadas bromas el mismo día de la boda. El poeta, años más tarde, le escribiría a su otro gran amor. Pilar Valderrama, la Guiomar de sus versos, la siguiente confidencia: «La ceremonia fue entonces para mí un verdadero martirio».

En 1910 obtiene una beca de la Junta para la Ampliación de Estudios y viaja, el 13 de enero de 1911, a París acompañado de su esposa. Allí asiste a los cursos de filología francesa de Bédier, Meillet y Lefranc, y a las conferencias de Henry Bergson que tanta influencia tendrán posteriormente en su concepción del tiempo. Conoce y entabla amistad con Rubén Darío. La estancia en la capital francesa será muy breve; la víspera de la Fiesta Nacional francesa Leonor sufre un ataque de hemoptisis y tienen serias dificultades para encontrar un médico. Leonor, dada la gravedad de su enfermedad, es hospitalizada. El 9 de septiembre de 1911 el joven matrimonio regresa a Soria, con dinero prestado por Rubén Darío, huyendo del húmedo clima parisino, puesto que los médicos creen que las características climatológicas de la meseta favorecerán a la enferma.

Se trasladan a vivir a una casa de las afueras, pero lamentablemente, a pesar del clima frío y seco de Soria, y de los cuidados y desvelos de su marido. Leonor no mejora. Aun así, el poeta quiere dejar una puerta abierta a la esperanza, *hacia la luz y hacia la vida;* recordemos el famoso poema transido de una honda melancolía, «A un olmo seco», fechado el 4 de mayo de 1912:

CXV *A un olmo seco*

Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo,
algunas hojas verdes le han salido.
¡El olmo centenario en la colina
que lame el Duero! Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina

al tronco carcomido y polvoriento.
No será, cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos ruiseñores.
Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
urden sus telas grises las arañas.
Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;
antes que rojo en el hogar, mañana,
ardas de alguna mísera caseta,
al borde de un camino;
antes que te descuaje un torbellino
y tronche el soplo de las sierras blancas;
antes que el río hasta la mar te empuje
por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.
Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.

Soria, 1912

Este es el único poema inspirado por Leonor mientras ésta estaba con vida, aunque ya gravemente enferma. Antonio Machado evitó escribir poemas en los que apareciera su mujer. Es relativamente fácil, conociendo los acontecimientos que se cernían por aquellas fechas sobre el escritor, atribuir al *olmo* un valor simbólico.

Este árbol tan machadiano, contemplado en el presente y que ha sufrido la acción destructora del rayo, está matizado por expresiones que indican claras connotaciones negativas: *viejo, podrido, musgo amarillento, corteza blanque-*

cina, tronco carcomido y polvoriento y sufre los estragos de la enfermedad: *Ejército de hormigas en hilera / va trepando por él, y en sus entrañas / urden sus telas grises las arañas*. El destino ineludible de su querido olmo es la muerte. Subyace, sin embargo en el poema una oposición clásica vida / muerte. La vida estará simbolizada por *los álamos cantores / que guardan el camino y la ribera. / habitado de pardos ruiseñores*.

El poeta presiente el triste desenlace, pero al contemplar algunas hojas verdes que han brotado en el árbol herido piensa en su esposa y exclamará lleno de esperanza *Mi corazón espera / también, hacia la luz y hacia la vida, / otro milagro de la primavera*. Su deseo no se vio cumplido y Leonor muere el 1 de agosto de 1912. La muerte de su esposa le dejó en un lamentable estado hasta tal punto que incluso llegó a pensar en el suicidio. Le sirvió de inestimable ayuda el éxito de la publicación de *Campos de Castilla*, libro que había aparecido en junio del mismo año. El propio autor lo confiesa:

Cuando perdí a mi mujer –escribe pocos meses después en una carta a Juan Ramón Jiménez [Prosas completas, págs. 1518-1519]– pensé pegarme un tiro. El éxito de mi libro me salvó, y no por vanidad ¡bien lo sabe Dios!, sino porque pensé que si había en mí una fuerza útil no tenía derecho a aniquilarla.

Antonio Machado «huye», acompañado de su madre de Soria, el 8 de agosto de 1912. La muerte de su esposa se convierte en tema poético tratado con una gran sinceridad, que le sirve, al menos, al principio, de necesario desahogo de su apesadumbrado espíritu. Creemos reconocer al enlutado que esperaba el correo para marcharse que aparece en el poema CXVII: *Al maestro Azorín por su libro Castilla:*

La venta de Cidones está en la carretera
que va de Soria a Burgos. Leonarda, la ventera,
que llaman la Ruipérez, es una viejecita
que aviva el fuego donde borbolla la marmita.
Ruipérez, el ventero, un viejo diminuto
–bajo la cejas grises, dos ojos de hombre astuto–,
contempla silencioso la lumbre del hogar.
Se oye la marmita al fuego borbollar.
Sentado ante una mesa de pino, un caballero

escribe. Cuando moja la pluma en el tintero,
dos ojos tristes lucen en un semblante enjuto.
El caballero es joven, vestido va de luto.
El viento frío azota los chopos del camino.
Se ve pasar de polvo un blanco remolino.
La tarde se va haciendo sombría. El enlutado,
la mano en la mejilla, medita ensimismado.
Cuando el correo llegue, que el caballero guarda,
la tarde habrá caído sobre la tierra parda
de Soria. Todavía los grises serrijones,
con ruinas de encinares y mellas de aluviones,
las lomas azuladas, las agrias barranqueras,
picotas y colinas, ribazos y laderas
del páramo sombrío por donde cruza el Duero,
darán al sol de ocaso su resplandor de acero.
La venta se oscurece. El rojo lar humea.
La mecha de un mohoso candil arde y chispea.
El enlutado tiene clavados en el fuego
los ojos largo rato; se los enjuga luego
con un pañuelo blanco. ¿Por qué le hará llorar
el son de la marmita, el ascua del hogar?
Cerró la noche. Lejos se escucha el traqueteo
y el galopar de un coche que avanza. Es el correo.

Antonio Machado se contempla a sí mismo en la venta en que espera diligencia-correo que lo llevara a Madrid, después de abandonar Soria tras la muerte de Leonor. Algunos estudiosos ven en el caballero enlutado a un personaje que Azorín retrata en varios textos de su libro *Castilla*, especialmente porque Machado le dedica este poema por el libro citado. Creemos que también lo que puede ocurrir es que Machado se identifique con el personaje azoriniano. Ambos están transidos por el dolor y la melancolía.

Antonio Machado debió parar en la venta de Ciclones cuando abandonó Soria en el viaje hacia Madrid. Avala esta interpretación el hecho de que este

poema aparece inmediatamente anterior al de *Caminos,* este último escrito ya en Baeza.

Antonio Machado deseaba regresar a Andalucía para intentar olvidar, lejos de lugares que le traían tantos recuerdos y obtiene el traslado que había pedido. El 15 de octubre de 1912 es nombrado oficialmente catedrático de Lengua Francesa en el Instituto General y Técnico de Baeza, a donde llega el 29 de ese mismo mes. Toma posesión de su plaza el 1 de novienbre de ese año. Un mes después de su llegada, su madre se reúne con él. Se instalan en un piso del Prado de la Cárcel, esquina a la calle de Gaspar Becerra.

A poco más de cuarenta kilómetros de Jaén, Baeza es un gran pueblo en medio de olivares. La antigua Universidad, suprimida en el siglo XIX, convertida en Instituto, donde daría sus clases, la catedral, el palacio gótico isabelino de Jabalquinto, el Ayuntamiento plateresco..., recuerdos del florecimiento de esa antigua ciudad, apartada en aquellos años de casi toda actividad intelectual o artística, forman el agradable y bello marco de una vida provinciana, aplastante por su monotonía y su tedio.

En una carta dirigida a Unamuno en 1913 describe el lugar en el que transcurrirían siete años de su vida y también le comenta su estado personal tras la muerte de su esposa:

> Esta Baeza, que llaman Salamanca andaluza, tiene un Instituto, un Seminario, una Escuela de Artes, varios colegios de segunda enseñanza, y apenas sabe leer un treinta por ciento de la población. No hay más que una librería donde se venden tarjetas postales, devocionarios y periódicos clericales y pornográficos. Es la comarca más rica de Jaén y la ciudad está poblada de mendigos y de señoritos arruinados en la ruleta. La profesión de jugador de monte se considera muy honrosa. Es infinitamente más levítica y no hay un átomo de religiosidad. Hasta los mendigos son hermanos de alguna cofradía. Se habla de política –todo el mundo es conservador– y se discute con pasión cuando la Audiencia de Jaén viene a celebrar algún juicio por jurados. Una población rural, encanallada por la Iglesia y completamente huera. Por lo demás, el hombre del campo trabaja y sufre resignado o emigra en condiciones tan lamentables que equivalen al suicidio.
>
> A primera vista parece esta ciudad mucho más culta que Soria, porque la gente acomodada es infinitamente discreta, amante del orden, de la moralidad administrativa y no faltan gentes leídas y coleccionistas de monedas antiguas. En el fondo no

hay nada. Cuando se vive en estos páramos intelectuales, no se puede escribir nada suave, porque necesita uno la indignación para no helarse también [...].

Envío a V. lo que tengo publicado. Planeo varios poemitas y tengo muchas cosas empezadas. Nada definitivo. Mi obra esbozada en *Campos de Castilla* continuará si Dios quiere. La muerte de mi mujer dejó mi espíritu desgarrado. Mi mujer era una criatura angelical segada por la muerte cruelmente. Yo tenía adoración por ella; pero sobre el amor está la piedad. Yo hubiera preferido mil veces morirme a verla morir, hubiera dado mil vidas por la suya. No creo que haya nada extraordinario en este sentimiento mío. Algo inmortal hay en nosotros que quisiera morir con lo que muere. Tal vez por eso viniera Dios al mundo. Pensando en esto, me consuelo algo. Tengo a veces esperanza. Una fe negativa es también absurda. Sin embargo, el golpe fue terrible y no creo haberme repuesto. Mientras luché a su lado contra lo irremediable me sostenía mi conciencia de sufrir mucho más que ella, pues ella, al fin, no pensó nunca en morirse y su enfermedad no era dolorosa. En fin, hoy vive en mí más que nunca y algunas veces creo que la he de recobrar. Paciencia y humildad.

En Baeza, Machado emprende estudios de filosofía. Cada verano irá a examinarse a Madrid, hasta licenciarse en Filosofía y Letras: «Mis estudios de filosofía en Madrid –escribiría años más tarde– han sido muy tardíos (1915-17). Cursé como alumno libre la sección de Filosofía, siendo ya profesor, en la Universidad Central. La necesidad de un título académico fue, en verdad, el pretexto para consagrar unos cuantos años a una afición de toda mi vida». El giro filosófico de su pensamiento se profundiza sin duda a lo largo de estos años de soledad y dolor. Estudia también griego para leer en el original a los autores antiguos. Pero ese retiro orienta su meditación en una trayectoria decisiva. En Baeza, como hemos visto, tiene Machado ocasión de observar la mediocridad de la vida y de las preocupaciones de los que lo rodean. Sus lecturas filosóficas lo empujan a interrogarse con más aspereza, a la luz de su propio destino, sobre las grandes cuestiones que se le plantean al hombre: el sentido de la vida y de su propia existencia, la muerte, el Dios deseado, pero en el que no se cree –como ocurría con el «maestro Unamuno»–. Un tono más grave marcará en adelante sus escritos. Es en esta época cuando empieza a escribir sus reflexiones en el cuaderno *Los complementarios*.

Los recuerdos de un antiguo alumno de Machado en Baeza lo evocan como una figura solitaria:

> [...] avanzando como a pasos renqueantes, apoyado en fuerte cayada rústica. grandes los zapatos, largo el abrigo con cuello de astracán, vestido de negro, camisa blanca de cuello de pajarita y grueso nudo de corbata negra; negro el sombrero blando, mal colocado casi siempre; a veces llevaba destocada la noble cabeza de revuelta cabellera; iba rasurado con pulcritud, pero el traje manchado por las manchas de ceniza del inevitable cigarrillo.

En Baeza, *la ciudad moruna*, el recuerdo de su mujer fue constante y obsesivo, según lo atestigua su correspondencia, especialmente con Unamuno y los testimonios de quienes lo trataron en aquellos años. Los poemas inspirados en la muerte de su mujer son poemas de ausencias y de nostálgicas y dolorosas evocaciones. En muchos de ellos, el recuerdo de su esposa va unido indisolublemente al de Soria.

En el poema CXVIII *Caminos*, el paisaje andaluz, contemplado desde el Paseo de las Murallas, normalmente alegre en otros poemas, se carga de connotaciones de tristeza y los elementos de la naturaleza indican el cansancio espiritual y la profunda melancolía del poeta. El recuerdo de su mujer se hará presente veladamente en la exclamación final con el sentido verso: *¡Ay, ya no puedo caminar con ella!:*

De la ciudad moruna
tras las murallas viejas,
yo contemplo la tarde silenciosa,
a solas con mi sombra y con mi pena.
El río va corriendo,
entre sombrías huertas
y grises olivares,
por los alegres campos de Baeza.
Tienen las vides pámpanos dorados
sobre las rojas cepas.
Guadalquivir, como un alfanje roto
y disperso, reluce y espejea.
Lejos, los montes duermen
envueltos en la niebla,
niebla de otoño, maternal; descansan
las rudas moles de su ser de piedra
en esta tibia tarde de noviembre,

tarde piadosa, cárdena y violeta.
El viento ha sacudido
los mustios olmos de la carretera,
levantando en rosados torbellinos
el polvo de la tierra.
La luna está subiendo
amoratada, jadeante y llena.
Los caminitos blancos
se cruzan y se alejan,
buscando los dispersos caseríos
del valle y de la sierra.
Caminos de lo campos...
¡Ay, ya no puedo caminar con ella!

En la primera etapa de su estancia en Baeza escribe conmovedores poemas en los que de manera más explícita, aunque sin nombrarla por su nombre, aludiendo a Leonor a veces por pronombres, confiesa su resignada situación. No veremos la arrebatada desesperación de los poetas románticos, sino la contención del dolor, profundo de un hombre que rechazaba mostrar en su poesía su vida íntima. Es una serie breve pero dramáticamente muy intensa. Se trata de los poemas CXIX al CXXIV en los que Machado habla de manera austera, directa y estremecida del hondo pesar que se ha apoderado de su corazón. Algunos de ellos, como veremos más adelante, son una evocación nostálgica de momentos vividos o soñados en la ciudad castellana.

En el primero de la serie, el poeta clama con un grito desgarrador al Dios todopoderoso que ha impuesto su voluntad; sin duda alguna, esta cuarteta alejandrina es el poema que muestra más claramente la desesperación de Machado. En todos los versos aparece la apóstrofe al Señor que no le responde; le queda únicamente la inmensa soledad:

CXIX
Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.

Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

La lucha interior del poeta entre la esperanza de verla algún día y la desesperanza al comprobar la amargura de su presente, o lo que es lo mismo, la oposición entre la fe religiosa y el escepticismo, aparece en el siguiente poema:

(CXX)
Dice la esperanza: un día
la verás, si bien esperas.
Dice la desesperanza:
sólo tu amargura es ella.
Late, corazón... No todo
se lo ha tragado la tierra.

El espíritu del poeta se serena en la siguiente silva romance. El recuerdo indeleble de la lejana Soria está presente en el solitario corazón del poeta. La querida ciudad será el marco geográfico donde se desarrolle la imaginada conversación y la candorosa escena con su esposa a la que el poeta siente tan real y cercana que dialoga y pasea con ella. El final no podía ser más desolador. El todavía joven poeta pero espiritualmente envejecido se caracteriza a sí mismo con cinco adjetivos que declaran su lamentable estado:

(CXXI)
Allá, en las tierras altas,
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, entre plomizos cerros
y manchas de raídos encinares,
mi corazón está vagando, en sueños...
¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?
Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y paseemos.

Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo.

En una atmósfera etérea, luminosa y melódica, el poeta recuerda y vivifica a su esposa. El sueño le permite «re-vivir» una escena en la que la mano, la voz y la figura de Leonor en general se hacen «tan reales» en la experiencia sensorial de Machado que hace dudar al poeta acerca de lo que la tierra se traga y le hace más llevadera y esperanzada su situación:

CXXII
Soñé que tú me llevabas
por una blanca vereda,
en medio del campo verde,
hacia el azul de las sierras,
hacia los montes azules,
una mañana serena.
Sentí tu mano en la mía,
tu mano de compañera,
tu voz de niña en mi oído
como una campana nueva,
como una campana virgen
de un alba de primavera.
¡Eran tu voz y tu mano,
en sueños, tan verdaderas!...
Vive, esperanza: ¡quién sabe
lo que se traga la tierra!

El poeta relata en este breve y sencillo romance el drama que vivió. Contrasta la situación tan trágica que experimentó el poeta con la sobriedad expresiva que evita exagerados gritos de dolor. La muerte, silenciosa y discreta, pasa suavemente delante del poeta y se muestra indiferente ante su angustiosa pregunta. Casi sin notarlo rompe el tenue hilo que unía a los dos esposos:

CXXIII
Una noche de verano
–estaba abierto el balcón
y la puerta de mi casa–
la muerte en mi casa entró.
Se fue acercando a su lecho
–ni siquiera me miró–,
con unos dedos muy finos
algo muy tenue rompió.
Silenciosa y sin mirarme,
la muerte otra vez pasó
delante de mí. ¿Qué has hecho?
La muerte no respondió.
Mi niña quedó tranquila,
dolido mi corazón.
¡Ay, lo que la muerte ha roto
era un hilo entre los dos!

La contemplación del paisaje parece hacerle olvidar su situación, aunque tal vez, es el poeta el que lo desea, sin conseguirlo, porque al final del poema aflora la amargura convertida en eperanza:

CXXIV
Al borrarse la nieve, se alejaron
los montes de la sierra.
La vega ha verdecido
al sol de abril, la vega
tiene la verde llama,
la vida, que no pesa;
y piensa el alma en una mariposa,
atlas del mundo, y sueña.
Con el ciruelo en flor y el campo verde,
con el glauco vapor de la ribera,
en torno de las ramas,

con las primeras zarzas que blanquean,
con este dulce soplo
que triunfa de la muerte y de la piedra,
esta amargura que se ahoga fluye
en esperanza de Ella...

La admirable epístola a José M.ª Palacio, periodista y amigo del poeta además de medio pariente, cierra los poemas de esta serie.

CXXVI *A José María Palacio*

Palacio, buen amigo,
¿está la primavera
vistiendo ya las ramas de los chopos
del río y los caminos? En la estepa
del alto Duero, Primavera tarda,
¡pero es tan bella y dulce cuando llega!
¿Tienen los viejos olmos
algunas hojas nuevas?
Aún las acacias estarán desnudas
y nevados los montes de las sierras.
¡Oh, mole del Moncayo blanca y rosa,
allá, en el cielo de Aragón, tan bella!
¿Hay zarzas florecidas
entre las grises penas,
y blancas margaritas
entre la fina hierba?
Por esos campanarios
ya habrán ido llegando las cigüeñas.
Habrá trigales verdes,
y mulas pardas en las sementeras,
y labriegos, que siembran los tardíos
con las lluvias de abril. Ya las abejas.
libarán del tomillo y el romero.

¿Hay ciruelos en flor? ¿Quedan violetas?
Furtivos cazadores, los reclamos
de la perdiz bajo las capas luengas,
no faltarán. Palacio, buen amigo,
¿tienen ya ruiseñores las riberas?
Con los primeros lirios
y las primeras rosas de las huertas,
en una tarde azul, sube al Espino
al alto Espino donde está su tierra...

Baeza, 29 abril 1913.

En esta silva arromanzada Machado hace una evocación del paisaje de Soria que tantas veces contemplara, recordado con nostalgia y añoranza. Es un canto alegre y optimista a la llegada de la primavera soriana. Como colofón nos encontramos con la delicada alusión al lugar en donde está enterrada su mujer: el Espino, monte soriano donde se encuentra el cementerio de la ciudad. El tema principal del texto, el recuerdo de la joven esposa, está situado sabiamente en el último verso del poema. Con este acertado final, los puntos suspensivos no hacen sino invitarnos a evocar en nuestro interior el delicado momento creado por el poeta; a Antonio Machado, al hombre, se le ha quebrado la voz y Antonio Machado, el poeta; no tiene palabras para expresar el emocionado recuerdo.

Observamos cómo en los últimos poemas el dolor del poeta se serena pero no por ello deja de ser conmovedor. Cualquier detalle o cualquier cosa le recordarán a la joven Leonor. Así en el siguiente poema paralelo a otro anterior. el poema CX *En tren,* al contemplar el *viejo saco de cuero* el poeta no puede reprimir un sincero y desgarrado desahogo:

CXXVII Otro viaje

Ya en los campos de Jaén
amanece. Corre el tren
por sus brillantes rieles,
devorando matorrales,
alcaceles,

terraplenes, pedregales,
olivares caseríos,
praderas y cardizales,
montes y valles sombríos.
Tras la turbia ventanilla,
pasa la devanadera
del campo de primavera.
La luz en el techo brilla
de mi vagón de tercera.

Entre nubarrones blancos,
oro y grana;
la niebla de la mañana
huyendo por los barrancos.
¡Este insomne sueño mío!
¡este frío
de un amanecer en vela!...
Resonante,
marcha el tren. El campo vuela.
Enfrente de mí, un señor
sobre su manta dormido;
un fraile y un cazador
–el perro a sus pies tendido–.
Yo contemplo mi equipaje,
mi viejo saco de cuero;
y recuerdo otro viaje
hacia las tierras del Duero.
Otro viaje de ayer
por la tierra castellana
–¡pinos del amanecer
entre Almazán y Quintana!–.
¡Y alegría
de un viajar en compañía!

¡Y la unión
que ha roto la muerte un día!
¡Mano fría
que aprietas mi corazón!
jadeante,
Tren, camina, silba, humea,
acarrea
tu ejército de vagones,
ajetrea
maletas y corazones.
Soledad,
sequedad.
Tan pobre me estoy quedando,
que ya ni siquiera estoy
conmigo, ni sé si voy
conmigo a solas viajando.

En un célebre y extenso poema, nos ofrece un repaso por un día (una tarde, más bien) de su acontecer cotidiano en Baeza y ¡cómo no!, una fugaz aparición del recuerdo de su mujer. En él aparecen las «meditaciones rurales», las preocupaciones filosóficas que ocuparán gran parte de su producción posterior: se caracteriza por su sencillez y por la ironía, casi grotesca de sus versos de «pie quebrado».

CXXVIII *Poema de un día. Meditaciones rurales*

Heme aquí ya, profesor
de lenguas vivas (ayer
maestro de gay-saber,
aprendiz de ruiseñor),
en un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío,
entre andaluz y manchego.
Invierno. Cerca del fuego.

Fuera llueve un agua fina,
que ora se trueca en neblina,
ora se torna aguanieve.
Fantástico labrador,
pienso en los campos, ¡Señor
qué bien haces! Llueve, llueve
tu agua constante y menuda
sobre alcaceles y habares,
tu agua muda,
en viñedos y olivares.
Te bendecirán conmigo
los sembradores del trigo;
los que viven de coger
la aceituna;
los que esperan la fortuna
de comer;
los que hogaño,
como antaño,
tienen toda su moneda
en la rueda,
traidora rueda del año.
¡Llueve, llueve; tu neblina
que se torne en aguanieve,
y otra vez en agua fina!
¡Llueve, Señor, llueve, llueve!
En mi estancia, iluminada
por esta luz invernal
–la tarde gris tamizada
por la lluvia y e1 cristal–,
sueño y medito.
Clarea
el reloj arrinconado,
y su tic-tic, olvidado
por repetido, golpea.

Tic-tic, tic-tic... Ya te he oído,
Tic-tic, tic-tic... Siempre igual,
monótono y aburrido.
Tic-tic, tic-tic, el latido
de un corazón de metal.
En estos pueblos, ¿se escucha
el latir del tiempo? No.
En estos pueblos se lucha
sin tregua con el reloj,
con esa monotonía
que mide un tiempo vacío.
Pero ¿tu hora es la mía?
¿Tu tiempo, reloj, el mío?
(Tic-tic, tic-tic...) Era un día
(Tic-tic, tic-tic) que pasó,
y lo que yo más quería
la muerte se lo llevó.
Lejos suena un clamoreo
de campanas...
Arrecia el repiqueteo
de la lluvia en las ventanas.
Fantástico labrador,
vuelvo a mis campos. ¡Señor,
cuanto te bendecirán
los sembradores del pan!
Señor, ¿no es tu lluvia ley,
en los campos que ara el buey,
y en los palacios del rey?
¡Oh, agua buena, deja vida
en tu huida!
¡Oh, tú, que vas gota a gota,
fuente a fuente y río a tío,
como este tiempo de hastío
corriendo a la mar remota,

en cuanto quiere nacer,
cuanto espera
florecer
al sol de la primavera,
sé piadosa,
que mañana
serás espiga temprana,
prado verde, carne rosa,
y más: razón y locura
y amargura
de querer y no poder
creer, creer y creer!
Anochece;
el hilo de la bombilla
se enrojece,
luego brilla,
resplandece
poco más que una cerilla.
Dios sabe dónde andarán
mis gafas... entre librotes,
revistas y papelotes,
¿quién las encuentra?... Aquí están.
Libros nuevos. Abro uno
de Unamuno.
¡Oh, el dilecto,
predilecto
de esta España que se agita,
porque nace o resucita!
Siempre te ha sido, ¡oh Rector
de Salamanca!, leal
este humilde profesor
de un instituto rural.
Esa tu filosofía
que llamas diletantesca,

voltaria y funambulesca,
gran don Miguel, es la mía.
Agua del buen manantial,
siempre viva,
fugitiva;
poesía, cosa cordial,
¿Constructora?
–No hay cimiento
ni en el alma ni en el viento–.
Bogadora,
marinera,
hacia la mar sin ribera.
Enrique Bergson: Los datos
inmediatos
de la conciencia. ¿Esto es
otro embeleco francés?
Este Bergson es un tuno;
¿verdad, maestro Unamuno?
Bergson no da como aquel
Immanuel
el volatín inmortal;
este endiablado judío
ha hallado el libre albedrío
dentro de su mechinal.
No está mal;
cada sabio, su problema,
y cada loco, su tema.
Algo importa
que en la vida mala y corta
que llevamos
libres o siervos seamos:
mas, si vamos
a la mar
lo mismo nos ha de dar

¡Oh, estos pueblos! Reflexiones,
lecturas y acotaciones
pronto dan en lo que son:
bostezos de Salomón.
¿Todo es
soledad de soledades,
vanidad de vanidades,
que dijo el Eclesiastés?
Mi paraguas, mi sombrero,
mi gabán... El aguacero
amaina... Vámonos, pues.
Es de noche. Se platica
al fondo de una botica.
–Yo no sé,
don José,
cómo son los liberales
tan perros; tan inmorales.
–Oh, tranquilícese usté!
Pasados los carnavales,
vendrán los conservadores,
buenos administradores
de su casa.
Todo llega y todo pasa.
Nada eterno:
ni gobierno
que perdure,
ni mal que cien años dure.
–Tras estos tiempos vendrán
otros tiempos y otros y otros,
y lo mismo que nosotros
otros se jorobarán.
Así es la vida, don Juan.
–Es verdad, así es la vida.
–La cebada está crecida.

–Con estas lluvias...
Y van
las habas que es un primor.
–Cierto; para marzo, en flor.
Pero la escarcha, los hielos...
–Y, además, los olivares
están pidiendo a los cielos
aguas a torrentes.
–A mares.
¡Las fatigas, los sudores
que pasan los labradores!
En otro tiempo...
–Llovía
también cuando Dios quería.
–Hasta mañana, señores.
Tic-tic, tic-tic... Ya pasó
un día como otro día,
dice la monotonía
del reloj.
Sobre mi mesa los datos
de la conciencia, inmediatos.
No está mal
este yo fundamental,
contingente y libre, a ratos,
creativo, original;
este yo que vive y siente
dentro la carne mortal
!ay! por saltar impaciente
las bardas de su corral.
Baeza, 1913.

Unos años más tarde, y será la última vez en Campos de Castilla, en el sentido poema que dedica a la muerte del periodista y poeta gallego Xavier Valcarce acaecida en 1918, alude brevemente y casi «en clave» a la ausencia de

su amada. Siente que el caudal lírico de su voz se ha secado y con toda sinceridad exclama: *No sé, Valcarce, mas cantar no puedo;*

CXLI *A Xavier Valcarce: En el intermedio de la primavera.*

Valcarce, dulce amigo, si tuviera
la voz que tuve antaño, cantaría
el intermedio de tu primavera
–porque aprendiz he sido de ruiseñor un día–,
y el rumor de tu huerto –entre las flores
el agua oculta corre, pasa y suena
por acequias, regatos y atanores–,
y el inquieto bullir de tu colmena,
y esa doliente juventud que tiene
ardores de faunalias,
y que pisando viene
la huella a mis sandalias.
Mas hoy... ¿será porque el enigma grave
me tentó en la desierta galería,
y abrí con una diminuta llave
el ventanal del fondo que da a la mar sombría?
¿Será porque se ha ido
quien asentó mis pasos en la tierra, y,
en este nuevo ejido
sin rubia mies, la soledad me aterra?
No sé Valcarce, mas cantar no puedo;
se ha dormido la voz en mi garganta,
y tiene el corazón un salmo quedo.
Ya sólo reza el corazón, no canta.
Mas hoy, Valcarce, como un fraile viejo
puedo hacer confesión, que es dar consejo.
En este día claro, en que descansa
tu carne de quimeras y amoríos

–así en amplio silencio se remansa
el agua bullidora de los ríos–,
no guardes en tu cofre la galana
veste dominical, el limpio traje,
para llenar de lágrimas mañana
la mustia seda y el marchito encaje,
sino viste, Valcarce, dulce amigo,
gala de fiesta para andar contigo.
Y cíñete la espada rutilante,
y lleva tu armadura,
el peto de diamante
debajo de la blanca vestidura.
¡Quién sabe! Acaso tu domingo sea
la jornada guerrera y laboriosa,
el día del Señor, que no reposa,
el claro día en que el Señor pelea.

Hasta ahora hemos repasado los poemas en los que aparece de una manera más o menos explícita el recuerdo de Leonor, porque como bien se habrá observado, los poemas a su mujer son poemas a una dolorosa ausencia. Pero no nos resistimos a recordar, dada la estrecha relación que mantienen con el tema que hemos abordado, tres cantares de 1913, enviados a Unamuno que no fueron publicados en vida del poeta y que dan idea de la crisis en que se sumió Antonio Machado tras la muerte de su esposa. Dan un testimonio muy directo del desconsuelo del poeta, especialmente el primero. Son angustiosas llamadas de un ser desesperado y solo que busca infructuosamente al Señor:

Señor, me cansa la vida,
tengo la garganta ronca
de gritar sobre los mares,
la voz de la mar me asorda.
Señor, me cansa la vida
y el universo me ahoga.
Señor, me dejaste solo,

solo, con el mar a solas.
O tú y yo jugando estamos
al escondite, Señor,
o la voz con que te llamo
es tu voz.

* * *

Por todas partes te busco
sin encontrarte jamás,
y en todas partes te encuentro
sólo por irte a buscar.

* * *

Hasta aquí nuestra exposición sobre la aparición de Leonor en los versos de *Campos de Castilla*. Llegado este momento nos asalta la siguiente pregunta: ¿es honesto hurgar en los sinceros poemas escritos por un hombre de carne y hueso transido de dolor? Consideramos que ha valido la pena si con ello nuestro conocimiento y, lo que es más importante, nuestro respeto y admiración por la obra de Machado se ha consolidado; en caso contrario habremos caído en la mera contemplación del abatimiento de un corazón zarandeado por la desgracia.

CONCEPCION GONZÁLEZ HERNÁNDEZ

(*Senda de los Huertos*. Enero-junio, 2001, núms. 61-62, págs. 113 a 129)

BIBLIOGRAFÍA

CANO, José Luis: *Antonio Machado*, Barcelona, Destino, 1975, 7.ª edición.

MACHADO, Antonio: *Campos de Castilla*, Ed. José Luis Cano. Madrid, Cátedra, 1981.

MACHADO, Antonio: *Obras. Poesía y prosa,* Edición de Aurora de Albornoz y Guillermo de Torre. Buenos Aires, Losada, 1964.

SESÉ, Bernard: *Antonio Machado, (1875-1939). El hombre. El poeta. El pensador:* Madrid, Gredos, 1980. 2 vols.

–*Claves de Antonio Machado,* Madrid, Espasa-Calpe, 1990. Colección Austral. Sección Filología.

VALVERDE, José M.ª: *Antonio Machado,* Madrid, Siglo XXI, 1986, 5.ª edición. *M.*

ZUBIRÍA, Ramón de: *La poesía de Antonio Machado,* Madrid, Gredos, 1981, 3.ª edición. Colección estudios y ensayos.